

# Presente y Futuro del País Vasco y España

por **D. José María Aznar**

*Conferencia pronunciada  
el 2 de febrero de 1994*

Forum Deusto



## Presente y Futuro del País Vasco y España

por D. José María Aznar\*

Debo agradecer esta ocasión que me deparan Vds, la de hablar sobre el País Vasco en un foro, además, con el evocador nombre de Deusto. En concreto, el título a mis palabras de hoy propone que consideremos, a la vez, el presente y futuro de los vascos inserto en una perspectiva nítidamente española. Pues, creo, que lo que más falta hace al conjunto de España es un proyecto claro, plural e integrador de una nación renovada para el año 2000. Así es nuestro punto de vista, y pensamos que este camino resulta la alternativa preferida por cada vez más personas, que apuestan por superar sus dificultades económicas y la parálisis política con un esfuerzo general de la comunidad española.

A partir de la transición democrática, que empezó de hecho en 1976, la mayoría nos agrupamos en torno al objetivo de la restauración democrática. El regreso a un Estado que se guiara bajo leyes votadas por auténticos ciudadanos, atrajo las esperanzas colectivas de casi todos nosotros. Sólo minorías que perseguían un país alejado de la corriente europea rechazaron, y aún persisten en una actitud antipatriótica, el modelo de la monarquía parlamentaria y la competencia electoral

---

\* José María Aznar nació el 25 de febrero de 1953. Se licenció en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid. En 1975 fue Inspector de Finanzas del Estado. En 1979 fue nombrado Secretario General de Alianza Popular de Logroño. De 1982 a 1987 fue Secretario General adjunto de Alianza Popular, y Diputado nacional por Avila. En 1989 fue nombrado Vicepresidente nacional del Partido Popular y Presidente de Castilla y León; en 1990 Presidente Nacional del Partido Popular. Ha sido Diputado Nacional por Madrid en la IV y V Legislaturas. Actualmente es Vicepresidente de la Unión Democrática Internacional, Vicepresidente de la Unión Democrática Europea y Vicepresidente del Partido Popular Europeo.

de los diversos partidos políticos. Junto a la restatutación de la monarquía y el sufragio universal, bien pronto creció la vieja aspiración de ingresar en la unidad europea surgida tras la última guerra mundial. Los dos programas resultaban mutuamente dependientes, ambos convergían en la urgencia de remediar con rapidez esa anomalía de una señora nación europea, sin democracia ni relación plena con sus países homólogos.

La sala estará de acuerdo en que estos fines fundacionales de la transición se han cumplido en poco tiempo y con bastante inteligencia. De manera que los dos problemas básicos de la historia contemporánea hispánica, allí donde se gastaban inútilmente energías incalculables de los mejores hombres de España durante un siglo, quedaron expeditos. Ahora queda la responsabilidad de mejorar lo alcanzado y, en consecuencia, una democracia que se renueva a sí misma, abierta al cambio político y un país con peso en el concierto europeo, sin complejos atávicos ante los países europeos más prósperos o de mayor tradición democrática.

Pero estas demandas que se plantean están supeditadas a un problema mayor. Un déficit colectivo que va tomando cuerpo según pasa el tiempo sin querer abordarlo, y que apunta al mismo hecho nacional español. La comunidad española actúa democráticamente y se relaciona como nunca con las democracias europeas, pero ha perdido conciencia de su condición y de sus objetivos, como secular nación europea que es. Aquí reside la causa latente de la debilidad que aqueja al gobierno, y de la consiguiente distancia progresiva que se adueña de la sociedad civil. Sin fortalecer unos vínculos históricos que deben ser actualizados, la democracia y la sociedad españolas tardarán bastante más en alcanzar sus objetivos.

A mi juicio debemos trabajar en favor de esta idea, que pretende avanzar en el espíritu democrático y europeísta a través del compromiso nacional. El tercer proyecto de la nueva etapa iniciada a mediados de los setenta, persigue renovar el pilar donde se asientan el futuro democrático y el destino europeo de un Estado que se llama España con toda razón y no por una casualidad histórica.

Cada generación —la idea es de Ortega— tiene una tarea que la define, y su obligación es dejar un país a la generación venidera en mejores condiciones de las que llegó a sus manos. El hacer de la comunidad española un proyecto en sí mismo, aumentará la exigencia cívica hacia sus representantes de partido y estimulará el progreso de la economía nacional. En tales términos fijo la empresa política de la que hablabamos esta tarde.

En todo caso, quiero adelantar que las formidables transformaciones en el continente y la interdependencia económica mundial gravitan de una manera desconocida hasta la fecha sobre toda la Unión Europea, incluidos los españoles por supuesto. Hoy sabemos del futuro menos que antes del hundimiento del imperio de la URSS, aunque esta novedad vertiginosa sea de las mejores noticias que ha deparado el siglo xx. Un panorama inédito deja inservibles de repente un elenco de ideas políticas con las que nos habíamos acostumbrado a convivir. Creo que ésa es la situación de la izquierda tradicional europea, y afecta a la socialdemocracia, incluso, porque la penuria de toda economía estatalizada ha quedado a la vista tras derrumbarse el muro de Berlín.

Por eso cabe llamar a los sucesos de 1989 «el triunfo de la democracia liberal», como escribe el politólogo Sartori. Lo cual significa que la liberalización política y económica se han puesto en marcha por todo el planeta. En el solar hispánico ya sentimos, casi agudamente, las nuevas exigencias del comercio internacional. El soñar que procesos de dimensiones gigantescas como el aludido dejen tranquila a esta nación equivale al suicidio. Nadie puede colocarse al margen del camino sin pagar el precio del atraso económico y la parálisis política. De tales apuestas ya conocemos sus efectos para el desarrollo económico español a lo largo de este siglo. Lo malo es que nunca se recupera del todo el tiempo que se está perdiendo.

¿Tiene sentido desentrañar en clave vasca y española las posibilidades de nuestro tiempo? Mi opinión es afirmativa, sin duda. Si el panorama empuja a las diversas naciones a una convivencia cada vez más cercana, entonces el imperativo de la unidad se vuelve apremiante para la realidad hispánica. La unión española tendrá mayor vigencia en el futuro si apostamos por el apoyo mutuo, en lugar de la estrategia aislacionista, si alejamos de entre todos los pueblos hispánicos el conformismo. El espíritu de iniciativa y de solidaridad constituyen los únicos motores del progreso de las naciones, han sido la marca de la civilización europea y representan el depósito al que recurren los Estados-nación con personalidad definida en la Unión Europea.

Permítanme la insistencia, pues la puesta en valor del compromiso con la unión española me parece el único punto de salida firme a las dificultades presentes del País Vasco y España. Además, la forma en que la Constitución actual reconoce el derecho al autogobierno posee la virtud de amparar la personalidad diferencial del pueblo vasco en el seno de la democracia nacional.

El respeto a las reglas constitucionales y al Estatuto Vasco obliga a que tomemos, más en profundidad que hasta hoy, la definición de una España plural que concierta sus esfuerzos para afrontar la crisis económica y la competencia internacional. Porque vuestro país se juega el futuro bien lejos del habitual debate nacionalista en torno a las señas exclusivas de identidad, y muy cerca de la renovación tecnológica e industrial para las empresas aquí asentadas. Lo cual implica todo un modelo social y cultural que permita la prosperidad del pueblo vasco.

Si alguna vez he confesado que cuesta mucho imaginar que España ostente un puesto destacado con una economía de servicios, cuánto más a cualquier español nos será difícil concebir un país como el vasco desprovisto de su potencia industrial.

La recuperación industrial vasca resulta esencial para el futuro colectivo español. Así de sencillo y claro. La historia pasada y el capital humano acumulado merecen no desperdiciarse por la incertidumbre sobre el porvenir político vasco, amargado encima por la vesania de la violencia. El País Vasco se halla en condiciones de catalizar buena parte de la recuperación económica española.

Este esfuerzo conjunto ha de estar a la altura de nuestro desafío europeo como un socio fiable y fuerte. Entonces caeremos en la cuenta de realidades elementales medio olvidadas. Para empezar, que sólo un crecimiento del 7,5 % anual por espacio de una década permitiría que el paro español se aproximara al 12 % de Francia y Alemania. ¿Es posible fingir por mucho tiempo que se ignora la magnitud de la tarea y la urgencia de un proyecto nacional definido?

Los portavoces del optimismo oficial, de la visión gubernamental, saben que corremos hacia un endeudamiento asfixiante, en particular para las inversiones industriales. Este año la deuda supone ya un 64 % de nuestro producto interior bruto y, de seguir al ritmo actual, llegará al 100 %. ¿Nos encontramos de verdad resignados a estas perspectivas; sólo queda una tibia resignación y tirar por donde se pueda?

A veces olvidamos que a nuestro pueblo y sus hombres más dinámicos se le ha exigido un trabajo incesante desde 1986. España disponía de un saldo favorable en la balanza comercial europea hasta su ingreso en la Comunidad. Bien, mientras nos adaptábamos a las limitaciones con que se negoció la entrada, la institución del Mercado Unico y, acto seguido, la convergencia para la Unión Económica y Monetaria, han aumentado una presión competitiva desconocida en la economía española. Por último y no menos importante, el reciente acuerdo del

GATT favorecerá la entrada de nuevos competidores en el comercio mundial.

A pesar de lo cual, es preciso distinguir entre las dificultades de esta región económica que es Europa occidental y las que sólo incumben al cuadrilátero español. Lo que está en nuestro poder resolver y lo que se desarrolla al margen de la voluntad de un país de una dimensión media. Nuestro problema privativo es que la política oficial deja, para un mañana cada vez más oscuro, profundas reformas modernizadoras de la economía nacional. Antes de nada, empecemos por rehacer un sistema fiscal digno de este nombre que prime la economía productiva y el ahorro familiar. Junto a la presión impositiva, el volumen extraordinario de gasto y déficit presupuestario en el conjunto de las Administraciones Públicas se erige como el otro gran factor disuasorio del trabajo y la iniciativa social.

Aunque la condición previa a un nuevo ciclo de renovación, necesaria para ganar el futuro económico e indispensable para respetarnos como demócratas, es la recuperación de la política como servicio público y unos negocios ajustados a derecho. Una sociedad que no sanciona la responsabilidad individual ante la ley queda desprovista de sus mejores hombres, que se retiran a la vida estrictamente privada o entran en el juego sucio de la ambición sin límites. Un país sin moral colectiva se condena al atraso económico y la decadencia frente a sus vecinos.

Este tercer compromiso a favor de una ética democrática lleva consigo una vertiente política muy concreta, la del prestigio y buen hacer de las instituciones representativas de la voluntad general. No resulta difícil aventurar el daño tremendo que a las nuevas generaciones de españoles le causa el rosario de escándalos políticos y económicos que contemplan. Aquellos, precisamente, que han nacido con la democracia y no guardan memoria de la difícil operación que supuso la transición al régimen actual.

En último lugar me gustaría mencionar que España ocupa su lugar natural en el concierto internacional. Por primera vez en siglos, podemos actuar sin barreras a través, sobre todo, de la Unión Europea. No obstante, transcurrido el período de rodaje dentro de la Comunidad, ahora sentimos la urgencia de reponer unos intereses nacionales acordes con el proyecto europeísta. Se ha extendido una opinión pesimista sobre nuestra propia capacidad de modernización. Es frecuente oír, también en los círculos gubernamentales, que vale la pena ceder en las negociaciones con otros países comunitarios. Porque sólo viniendo de fuera los pueblos de España aceptan las medidas estrictas que la situa-

ción recomienda. Contra esta renuncia a liderar la suerte colectiva de un nación, pienso que esta dejación se paga muy cara y a la vista de los Estados amigos. En términos prácticos y de prestigio internacional para el país entero, aunque pueda aprovechar a la buena fama de los interlocutores del momento.

Lo que no seamos capaces de resolver dentro, será decidido lejos de los intereses españoles y de manera mucho menos ventajosa. España superará sus problemas de estos años en la medida que fortalezca las claves de su unidad nacional. Por fuerza, solamente un trabajo mancomunado y autónomo puede continuar el objetivo de modernizar sin rupturas la sociedad y la política.

Propongo que el cumplimiento de tales objetivos sea el programa esencial de un gobierno popular. El período de gobiernos socialistas está muy cerca de su final, se puede comprobar en el apoyo decreciente de sus votos y en la escasa ambición de sus ideas. Al margen de la normal expectativa personal, sostengo que la convocatoria de nuevas elecciones generales será la ocasión de organizar una mayoría ciudadana que deje atrás el lastre de estos años. Les invito a pensar que el cambio político popular será también beneficioso dentro del País Vasco.